

SER FIELES PARA SER FELICES

Alocución en la Reunión de Pastoral, septiembre 12 de 2017

Queridas hermanas y hermanos.

Sin duda estamos viviendo tiempos difíciles. Las circunstancias sociales y económicas, la escasez de comida y la incapacidad de cubrir nuestras necesidades básicas, la agitación política, la angustia e incertidumbre general con relación al futuro, que se expresa, entre otras cosas en la partida de mucha gente del país, no nos son ajenas a ninguno de nosotros. Además, hay circunstancias personales, dificultades vivenciales, problemas particulares, que nos pueden afectar en la vivencia de nuestra vocación y de nuestro sagrado y sublime compromiso pastoral. Por estas razones he querido compartir con ustedes algunas reflexiones muy espirituales pero sobre cosas muy concretas, con el fin de reafirmar nuestra alegría, nuestra fidelidad, para alcanzar la felicidad que todos anhelamos, precisamente mediante la vivencia de nuestro sagrado compromiso pastoral y personal de amor a Dios y a nuestra Iglesia.

Felicidad y fidelidad

Recordemos que una mujer del pueblo que quiso halagar a Nuestro Señor alabando a su querida madre, exclamó: “Feliz el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron”. En respuesta, Jesucristo le dijo “Felices más bien los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 11, 28)

De esa manera Jesús nos enseña que la felicidad, nuestra realización personal, nuestro bien, nuestro futuro, no está en seguir nuestras propias inclinaciones, gustos o ideas, sino las que nos inspire y nos prescribe el Señor. Está en cumplir la voluntad de Dios. Esa frase del Señor en Lucas resume las bienaventuranzas, en las cuales Jesús nos dice que serán felices los pobres, es decir, los desprendidos, generosos, desinteresados, los austeros, los que no buscan su comodidad; los limpios de corazón, es decir los que no se llenan de basura moral en el alma; los misericordiosos, es decir los buenos, los solidarios, los que perdonan; los mansos, es decir no los que pretenden lograr cosas por la fuerza; los misericordiosos, no los fríos ni los duros ni vengativos.. los pacíficos, es decir no los peleones, los intrigantes... (Cfr. Mt 5, 1-12)

En las bienaventuranzas y en Lucas 11,28 Jesús nos enseña que alcanzaremos la felicidad, la plena realización humana, cumpliendo su santa voluntad, viviendo con fidelidad su palabra como lo hizo María Santísima. Y ¿cuál es la voluntad de Dios? La voluntad de Dios se nos manifiesta en los mandamientos de su Ley, pero también, en nuestros compromisos, en la vivencia de nuestra vocación sacerdotal y religiosa, en nuestras tareas y exigencias personales de acción evangelizadora y de vida eclesial. Para ser felices hemos de vivir según nuestra condición, cumplir nuestros deberes de estado, hacer bien la rutina de todos los días. Podemos decir con propiedad que la felicidad la da al Señor a los que practican la fidelidad. A los que son fieles, el Señor los hace felices. A quienes actúan así el Señor los colma de felicidad, en esta vida y en la vida eterna.

Pues bien, mis queridas hermanas y hermanos. Sin duda alguna todos queremos ser felices, todos estamos llamados a la felicidad. Para eso nos ha creado el Señor- El ha colocado ese

anhelo en lo más profundo de nuestro corazón. Y para alcanzarlo hemos de escuchar y cumplir su Palabra. De manera que para realizarnos en la vida, para ser felices en nuestra condición de sacerdotes, de religiosos y religiosas, de diáconos, tenemos que ser fieles cumplidores de nuestros compromisos, de nuestras obligaciones. Comenzando por la fundamental, la elemental y básica: cumplir los diez mandamientos de la Ley de Dios. Pero además, llenarnos de amor a Dios y amor al prójimo. Y movidos por esos amores, cumplir nuestros compromisos personales de sacerdotes, de religiosos, de diáconos.

Yo quisiera en este contexto referirme a tres compromisos personales, sagrados, maravillosos y exigentes de los ministros del altar y de los religiosos. En primer lugar, el compromiso del celibato y la virginidad religiosa para sacerdotes y consagrados, y la fidelidad matrimonial para los diáconos casados. En segundo lugar la honestidad que nos pide el Vº mandamiento, en el uso del dinero de la Iglesia, con generosidad y desprendimiento. Y en tercer lugar, nuestro compromiso religioso y eclesial de trabajar por el Reino de Dios sirviendo generosamente a los fieles encomendados a nuestra atención pastoral en nuestra Iglesia de Caracas.

1 El celibato por el reino de los cielos. Desde sus inicios, la Iglesia, siguiendo a Jesús y a San Pablo (Mt 19,10-12; 27-29.; 1 Co. 7, 7-8; 32-35), estimó altamente el consejo evangélico de castidad. Se trata de ser como el Señor, de renunciar al amor de una persona, a una familia propia, y al ejercicio de la sexualidad para imitar, tener el mismo sentimiento de Jesús. San Pablo nos habla de esto en su carta a los Corintios. Y por eso progresivamente, en la vida consagrada y en el ministerio sacerdotal, la Iglesia propone y exige el celibato y la práctica de la castidad perfecta como condición para el ministerio. Y promovió la difusión de la vida consagrada comunitaria en las órdenes y congregaciones religiosas. Nosotros hemos escogido libremente ser como Jesús en este campo, imitar a San Pablo, seguir el camino de tantos santos que han amado intensamente y totalmente al Señor, y realizado grandes obras y dado un testimonio de que Dios es digno de recibir la plenitud de nuestros afectos, para volcarlos también en caridad viva, amor desinteresado y generoso, hacia los fieles.

Cuando fallamos en este campo contra nuestra consagración, faltamos gravemente, no solo al 6º Mandamiento, sino también a nuestro compromiso, a nuestra vocación, a nuestro propio honor, que comprometimos en la profesión religiosa o en la ordenación diaconal y presbiteral. Y el fracaso y las tragedias que sobrevienen son gravísimos, tristes y dolorosos. La mayor parte de las defecciones de los sacerdotes se deben a fracasos estruendosos en este campo. Por eso, la fidelidad al celibato, a nuestra vocación, al amor a Dios y a los fieles, nos ayuda a evitar tragedias horribles y dolorosas. Alcanzar la felicidad exige nuestra fidelidad. Y la fidelidad nos lleva a la felicidad.

2 En segundo lugar: fidelidad al desprendimiento en espíritu de pobreza evangélica.

Creo que este es un punto que no tratamos suficientemente. Todos los seres humanos tenemos que ver con el dinero. El dinero es un símbolo e instrumento para obtener bienes materiales, cosas, servicios, etc. Pero estamos fuertemente atraídos a las cosas materiales y, por ende, al dinero. Podemos ser tentados a adorar al becerro de oro. Y por eso todos tenemos que tener una actitud cristiana, correcta con respecto al dinero. Y la primera es el desprendimiento, la libertad. Concebir el dinero no como un fin, sino como un instrumento, un medio para lograr satisfacer alguna necesidad. Pero no convertir al dinero, es decir a las

cosas materiales en un ídolo: el becerro de oro, ante el cual prevaricó el pueblo de Israel Cfr. (Ex. 32, 1-6).

En nuestra vida sacerdotal y religiosa, en nuestro ministerio, todos tenemos que utilizar el dinero. Lo necesitamos. Pero es importante tener la correcta actitud de libertad. No dejarnos llevar por la ambición ni la codicia. Ese es un pecado capital que lleva a los seres humanos a otros pecados: asesinato, robo, egoísmo, falta de entrega estafa...acciones ilegales En nuestro trabajo pastoral manejamos dinero, y hemos de hacerlo correctamente. Y tener el dinero eclesial como lo que es: algo sagrado, pues los fieles lo donan a la Iglesia como ofrenda al Señor. Por eso defraudar a la Iglesia, apropiarnos del dinero de la parroquia, de una obra pastoral, es algo gravísimo.

Pero además, ser libres ante el dinero y las cosas materiales que con él se pueden adquirir, nos da la necesaria libertad ante los diversos servicios pastorales que hemos de realizar en nuestro ministerio. Toda parroquia es buena e importante. Todas las comunidades tienen derecho a la atención pastoral. Hemos de estar dispuestos a servir en cualquier y en todas las parroquias, aunque sean pobres. Exigir sumas de dinero fuera de lo permitido por el arancel diocesano es pecado grave. Buscar servir a los ricos con el fin de obtener dinero es algo totalmente anticristiano y anti religioso. Esto es algo sumamente importante. Especialmente en estos tiempos de penuria. Pues bien: tengamos en cuenta que el buen pastor está donde están sus ovejas. Recordemos que el Señor da como signo de su presencia mesiánica la evangelización de los pobres. Y estemos dispuestos a servir a los pobres, en cualquier parroquia.

3 Nuestro compromiso de servir generosamente a nuestros fieles.

La actual situación del país es claramente fuente de dificultades de todo tipo para todos nosotros, no solamente para nuestros fieles. La cuestión económica, la inflación altísima, la incapacidad de adquirir cosas necesarias, el problema de la comida, la grave situación e la salud; el problema de la delincuencia y la inseguridad, con la consecuencia de reducción de horario de actividad pastoral; la permanente agitación política y la angustia consiguiente, en fin, problemas de todo tipo.

En estas circunstancias, ya lo hemos abordado en otro momento, surge la tentación de irnos, de buscar nuevos horizontes, de escapar, de huir...lo podemos llamar de muchas maneras. Hay países donde la Iglesia necesita sacerdotes, y disfrutan una muy buena situación socio política. Ya desde antes ha habido quienes, atraídos por ventajas materiales se han ido a trabajar en otras partes, dejando su compromiso pastoral, personal, de buen pastor que está con sus ovejas, aquí en Venezuela, en nuestra querida Caracas.

Pues bien: ahora más que nunca es cuando nuestros fieles, golpeados, angustiados, tristes, en grave situación social y económica, con limitaciones para acceder a las verdades de la fe por la exclusión de la educación religiosa de las escuelas, nos necesitan. Y por eso tenemos que vencer la tentación de irnos, de abandonar a nuestros fieles.

La primera obligación pastoral de un sacerdote, de un religioso, es amar a su pueblo. Y amarlos es estar con ellos, compartir las penurias, la escasez y la abundancia, servirlos en donde se encuentren. En concreto, la Iglesia de Caracas abarca tanto el Country Club como el Barrio José Félix Rivas; tanto La Floresta como Mamera, Caucaguita y Carapita; tanto El Valle como Altamira o Candelaria, Macarao, Simón Rodríguez o La California. Y todos

debemos estar en disposición de servir a nuestros hermanos en cualquiera de esos lugares. Pero sobre todo, no cedamos a la tentación de irnos a otras partes. Eso es algo inapropiado, ajeno e indigno de una persona llamada por el Señor a ser sacerdote o consagrado, a dar la vida por sus ovejas. Sin duda, esa es hoy día una fuerte tentación. Contra la que hemos de luchar. Sintamos el amor a nuestra Iglesia, y seamos como Cristo, que siendo rico, se hizo pobre.

CONCLUSIÓN. Mis queridas hermanas y hermanos:

FELICES LOS QUE ESCUCHAN LA PALABRA DE DIOS Y LA CUMPLEN.

Ser fieles al Señor es el camino hacia la felicidad. En la vida estamos llamados siempre a ser fieles, para poder ser felices. Observantes de los Mandamientos, seguidores de Jesús, que nos ha llamado a estar con Él, a compartir sus mismos sentimientos, para enviarnos a predicar. Ser fieles a nuestros compromisos sagrados del celibato y la virginidad, la castidad perfecta; ser fieles en el desprendimiento, la generosidad y el recto uso y administración de los dineros de la Iglesia; ser fieles y estar con nuestras ovejas, dar la vida, dar nuestra compañía, nuestro acompañamiento, nuestra solidaridad a este pueblo c jvenezolano que está sufriendo grandes contrariedades y limitaciones en esto tiempos

Pero ser fieles nos ayudará a ser felices. Apoyémonos unos a otros. Sintamos la solidaridad con nuestros hermanos; tengamos espíritu de cuerpo, de comunión. Gracias a todos los que, venidos de otras partes, están hoy compartiendo con nosotros este momento oscuro de la historia de Venezuela y de Caracas. Seamos inteligentes, queridas hermanas y hermanos: seamos fieles, para ser felices.

Recodemos las palabras de San pablo a los filipenses, que hemos leído ayer (Fi 4,,6-13):

“No se angustien por nada, y en cualquier circunstancia, recurran a la oración y a la súplica, acompañadas de acción de gracias, para presentar sus peticiones a Dios. Entonces la paz de Dios, que supera todo lo que podemos pensar, tomará bajo su cuidado los corazones y los pensamientos de ustedes en Cristo Jesús. En fin, mis hermanos, todo lo que es verdadero y noble, todo lo que es justo y puro, todo lo que es amable y digno de honra, todo lo que haya de virtuoso y merecedor de alabanza, debe ser el objeto de sus pensamientos.....Yo sé vivir tanto en las privaciones como en la abundancia; estoy hecho absolutamente a todo, a la saciedad como al hambre, a tener sobra como a no tener nada. Todo lo puedo en aquel que me conforta”.

Queridas hermanas y hermanos:

Seamos fieles al Señor para ser felices con El. Vamos a pedírselo al Señor, y vamos a apoyarnos los unos a los otros, para evitar caer en la tentación de irnos, de abandonar a nuestras ovejas.

Pidámoslo a la Virgen Santísima, y a tantos obispos y sacerdotes santos del mundo entero, de Venezuela y de nuestra Iglesia caraqueña, que dieron la vida por sus ovejas. Amén.